

# LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: RAFAEL DE ECHEVARRÍA

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente mena*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.)  
 El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase. 3  
 CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA, MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

## REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA.—Serie A.—El sueño de una modista.—Núm. 9.—Aquel boudoir evocaba en su imaginación juvenil y ardiente, llena de ansias amorosas, nunca satisfechas, el recuerdo de aquellas poéticas estancias de los palacios orientales que vió descritas en las *Mil y una noches*, por ella tantas veces leídas. Por un momento pudo creerse otra Scherezada servida de sus esclavas y odaliscas que, obedientes á su voz, quemaban en artísticos pebeteros riquísimos aromas de la Arabia y del Indostán; pero á poco presentóse ante ella una graciosa modista, bella como un sueño virginal, mezcla de *demoiselle* y de *grisette*, la cual, saludándola respetuosamente, mostró á sus asombrados ojos los más ricos modelos de toilettes que pudo idear un émulo de Worth ó de la Ducange...

(Fotografías de Huguens y Acosta, fotograbado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.)



## LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

42

(Continuación.)

rativos de marcha de la competencia, un pobre carruaje estrecho é incómodo, en el que habían subido dos niñas encantadoras cubiertas sus cabezas por dos sombreritos de paja, quienes, al ver la atención con que eran observadas por milord, bajaron las cortinillas.

El inglés se recostó en uno de los rincones de la berlina y cerró los ojos, como si hubiese olvidado completamente á su compañero de viaje.

MILORD

Las dos jóvenes vistas por el inglés habían llegado de Rennes la víspera por la tarde en una carreta del país.

Aparentaban ser muy pobres. No quisieron decir sus nombres y rehusaron enseñar sus pasaportes; pero la empresa de la competencia era indulgente y sólo quería llenar su carruaje á mitad de precio.

A pesar de lo despreciada que era la competencia, al arrancar entre las burlas de los espectadores, siguió de cerca á su orgullosa rival.

En la berlina de la diligencia nuestros dos viajeros habían conservado la misma posición tomada en el momento de partir, sin haber cambiado entre sí una sola palabra.

La imaginación de Enrique estaba fija en Penhoel; su corazón le hablaba de Diana, tan bella y tan amada.

—¡Tal vez no hubiera debido abandonarla!—se decía.—¡Quién sabe si necesitara ayuda en esa empresa misteriosa en que se ha empeñado!... Pero ¿cómo permanecer por más tiempo en el castillo?

¡Cuán largo era aquel camino! Hubiera querido estar ya en París, en su taller, con los pinceles y la paleta en la mano. Sentía dentro de sí un ardor desconocido, ensanchándose repentinamente el horizonte de su vida.

Los obstáculos que hasta entonces le habían detenido le parecían pequeños y miserables; de la lucha no veía más que el resultado, esto es, la victoria.

Vencer, vencer para volver á buscar á Diana, que era el premio del triunfo.

Interrumpiendo el hilo de sus reflexiones, volvióse hacia su compañero de viaje, á quien no había examinado aún.

El inglés estaba recostado en los cojines de la diligencia: sus pies se escondían en una preciosa manta, y el gran chal de Cachemira que había colocado detrás de su cabeza, para evitar todo contacto con las paredes del carruaje, caía sobre su frente formando un adorno por demás extraño.

Enrique admiró el bizarro perfil de aquella cabeza tan bella é inteligente, no recordando haber encontrado nunca en su vida de artista un modelo tan perfecto.

Dibujaba con el pensamiento aquella frente pura como la de un adolescente, cargada, sin embargo, de reflexiones; aquella boca serena en que el trabajo de la vida había dejado apenas una nube de amargura.

El inglés hizo un movimiento en medio de su sueño, y el joven pintor dirigió la mirada hacia el camino á fin de no aparecer indiscreto.

El campo no tenía nada de notable, pero, al volver un recodo del camino, Enrique dejó escapar una exclamación de

placer al ver el hermoso paisaje que se desarrollaba ante él, capaz de exaltar la imaginación de un pintor.

—¡Es hermoso!... ¡es hermoso!—murmuró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Qué es lo que es hermoso?—preguntó á su lado una voz brusca y gruñona.

Enrique se volvió al momento: el inglés se frotaba los ojos, mostrando en su rostro un humor detestable.

—Me habéis despertado, caballero—replicó,—con vuestras exclamaciones y vuestros gritos. ¿No podíais dejarme dormir en paz?

Enrique, admirado con esta salida, quiso excusarse, pero el inglés le cortó la palabra prosiguiendo:

—Desearía saber, caballero, dónde encontráis esas cosas que os arrancan gritos de admiración.

El pintor extendió la mano hacia la villa y castillo de Vitré, que se veía en este momento en su punto de vista más pintoresco.

—¡Diablo!—dijo el inglés con sonrisa provocativa.—¿Es eso lo que encontráis tan hermoso? ¿Unas cuantas casas feas y viejas llenas de polvo, donde, si fuera un mendigo, no quisiera vivir?

—Pero, milord... advertid.

—Advierto y comprendo que esos caserones tan asquerosos son la vergüenza de un país civilizado.

—Sin embargo...

—Caballero, detesto con todo mi corazón esos majaderos que se asombran al ver casas antiguas y llenas de polvo... De todos los paisajes que hemos atravesado, os lo confieso con sentimiento, éste es el más feo, para mi gusto.

Enrique permaneció absorto ante aquel ataque brutal é imprevisto.

—Milord—dijo procurando sonreír,—seguramente he hecho mal en turbar vuestro sueño...

—Sí, señor, muy mal... pero ahora no se trata de eso. Lo que me desagrada es el modo con que os quedáis extasiado al contemplar ese montón de casas medio arruinadas.

Con las cejas arqueadas miró Enrique á su compañero de viaje, cuya fisonomía parecía entonces pífida y poco expresiva, y con cierto tono altanero exclamó:

—¡Dejemos eso!... En nuestra posición sería ridículo una querrela... Además, no me hallo en el caso de aprender que en ciertos asuntos no puede el diablo poner en armonía el instinto de un cualquiera con el sentido de un artista.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—dijo por tres veces el inglés.—¿Sois artista, caballero? Lo siento por vos... Faltan brazos para cultivar la tierra... los podadores reclaman en vano aprendices... hay gentes que no tienen vergüenza en confesar su inutilidad...

Enrique dió una patada y se incorporó, pronto á pronunciar palabras de desafío. El inglés le miró con sonrisa seca y desdenosa; después encogióse de hombros, reclinó su cabeza sobre el chal, cerró los ojos y murmuró:

—Por Dios, caballero, no me desperdéis... Tengo mucho sueño.

El joven quedó desconcertado, preguntándose si tenía que habérselas con un maniático.

Pasadas dos horas, empleadas por Enrique en reflexión y por el inglés en dormir, llegó la diligencia á su relevo.

—¿Dónde estamos?—preguntó un viajero.

—En la aldea de la Gravalle, donde acaba la Bretaña.

El inglés dió un salto, frotándose los ojos.

—¡Ah!—exclamó, lanzando un profun-

do suspiro.—Al fin hemos salido de ese maldito país.

Dirigióse á Enrique, que le volvía la espalda, aparentando no oírle.

—¡Caballero!—dijo.

No obtuvo respuesta.

—¡Caballero!—repitió.

Igual silencio. El inglés sacó de su bolsillo una petaca y la abrió.

—Caballero—dijo otra vez,—¿queréis permitirme el placer de ofreceros un cigarro?

—No fumo—respondió Enrique, sin volverse.

—¿Y os incomoda el humo del cigarro?

—Mucho; pero no tengo derecho para molestaros, milord; estáis en vuestra casa. El inglés cerró su petaca, guardándola tristemente en su bolsillo.

Enrique, vuelto á medias, seguía sus movimientos á hurtadillas.

—Caballero—prosiguió el inglés, cruzando los brazos sobre el pecho,—os sacrifico en este momento una costumbre de veinte años... Al menos hablemos, para hacer algo.

—Me parece, milord—contestó Enrique con tono resentido,—que ya hemos hablado bastante.

—Vamos—exclamó el inglés,—¿me guardáis rencor?... ¿Me veré precisado á pedirlos perdón?

Había en la inflexión de su voz una franqueza tan comunicativa y tan dulce, que Enrique se volvió repentinamente.

—Si no queréis de mí más que satisfacciones—añadió el inglés con una gracia llena de elegancia,—os ofrezco cuantas queráis. Cada uno tiene en este mundo sus defectos... Yo tengo muchos, pero advertid que yo soy ya un viejo y he sufrido mucho durante mi vida... Vamos, tomad mi mano y seamos amigos.

Enrique alargó en el acto su mano, que el inglés estrechó cordialmente.

—Ése cielo de Bretaña—prosiguió—me es odioso y me pone nervioso como una mujer.

—¡Ah, ya!—dijo Enrique recordando la pregunta que le había hecho antes de admitirle en su compañía.—¡Mucho detestáis á esa pobre Bretaña!

La frente de milord se oscureció.

—Llego de Brest—respondió.—He andado, á pesar mío, ochenta leguas por Bretaña y prometo no pisar su suelo jamás... He tenido deseos de contrariar á alguno... de herir... de vengarme.

—¿Y me habéis escogido por víctima?

—Para empezar á expiar mi falta, os diré que Vitré es un admirable punto de vista.

—¿Francamente?

—Francamente... Tenía yo poco más ó menos vuestra misma edad cuando viajaba á pie con un palo al hombro y mi pequeño equipaje á la espalda... Me acuerdo que me detuve en el mismo sitio en que lanzasteis aquel grito que me despertó, y estuve media hora sentado sobre una piedra contemplando extasiado el paisaje.

—¿Y qué encontrasteis de notable en aquel montón de ruinas que son la vergüenza de un país civilizado?

—¡Sois muy travieso!... Encontré lo mismo que vos... recuerdos del pasado... ¿qué sé yo?... Pero hablemos si gustáis de nosotros y hagamos conocimiento... A mí me corresponde el primero... Soy inglés: me llamo Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del imán de Mascat... ¿Tal vez no habéis oído hablar nunca de ese príncipe?

—Sí tal, pero vagamente.

—En Arabia, donde se halla la capital, y sobre las costas de África, posee algunas

(Continuará.)



## A NUESTROS SUSCRIPTORES

Y LECTORES

## REGALO DE 50.000 PESETAS

## Boletín del sorteo 30 Septiembre 1901

que deben de remitir antes del día 15 del citado mes de Septiembre los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se reciba.

Sr. D. ....

calle ....., núm. ....

de .....

NÚMERO QUE INDICA

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren á este regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, é indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 30 de Septiembre próximo. Una vez lleno, cortarlo y remitírnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 15. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya los tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 31 de Octubre próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 50.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 20; pero han de enviarse los boletines antes del día 15, pues entra en máquina el número el 16. Como se comprenderá, no hay posibilidad de engaño, ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 1¼ de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto, ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Á pesar de tener carta blanca en forma de cuartillas del color de la inocencia, para exponer mis ideas recogiendo los sucesos más culminantes de la última década, es lo cierto que no se me ocurre cosa alguna... como á cualquier diputado de la mayoría.

Padezco en estos momentos una verdadera catalepsia intelectual, efecto sin duda de la emoción inherente á todo debut, y el metal de mi pluma, otras veces tan buen conductor de ese maravilloso fluido que se condensa en el cerebro, como la electricidad se condensa en la atmósfera, parece trocado por infernal conjuro en una sustancia aisladora, al modo de la pluma de... ave de que se sirve Polavieja en sus epístolas *Ad efesios*.

Y as que las circunstancias no me son favorables tampoco: á la saliente personalidad de mi antecesor viene á reemplazar mi personalidad modesta, que no tiene nada de saliente, sino de entrante... y al nombre harto conocido de Pizarroso para los lectores de LA AVISPA, viene á sustituir el mío, que no goza de igual notoriedad.

Pero, en fin, sea de ello lo que quiera (que decimos los clásicos) y después de encomendarme á la benevolencia del público, trataré de llenar el vacío que ha dejado mi predecesor, tanto en esta casa como en las columnas de LA AVISPA, hasta donde lo permitan mis débiles fuerzas, mucho más débiles aún con los rigores propios de la estación.

Agosto, y en buena hora lo diga, ha vuelto por su negra honrilla, y el Guadarrama ha desatado de sus cumbres las primeras brisas otoñales. Los madrileños podemos exclamar: «Ave, Guadarrama, morituri te salutant», y al paso que vamos, no tardaremos en ver la primera capa, quizá sacada del fondo del baúl, quizá de otra parte, porque para mí que la cordillera Carpeto-vetónica se ha dejado subvencionar por los prestamistas como un Aznar cualquiera.

A tiempo han cesado los calores, porque llevábamos una temporada de «muertes, asolamientos, fieros males», que me río yo de los pepinos de Leganés.

La crónica podía escribirse con sangre, patricidios, corridas de toros, suicidios, atropellos, descarrilamientos, etc.; todo el inmenso catálogo de males que alligen á la misera humanidad, ha pasado ante nuestros ojos, en brutal desfile de Kaleidoscopio; Pandora ha volcado su célebre caja.

Con los calores ha pasado también á mejor vida el consabido timito: «Con ese sombrerito no tendrá usted frío, ¿eeeh?», pues algunos golfos distinguidos han entrado en *reacción*, sin ser precisamente reaccionarios. ¡Séale la leña ligera!

Dos notas pacíficas hay que consignar en esta década: el anuncio del próximo viaje de Nicolás II á Francia, para convertir la alianza franco-rusa en otra Dulce Alianza, y la ascensión de D. Antonio de Orleans al Mont Blanc, á una altura de 4.800 metros.

¡Bravo por el egregio alpinista, y que franquee todos los demás picos, sin exceptuar al Simplón, pues siempre será esto mejor que imitar á otros príncipes de su

familia, acostumbrados á irse por los cerros de Ubeda!...

A todo esto, el ilustre aeronauta Santos Dumont sigue dedicado á perfeccionar su invento, pues no desiste de obtener el premio Deutsch, para el cual no han de faltarle competidores; y me va á permitir le dé un consejo: para resolver el problema de la *aviación* no estaría de más que el distinguido hombre de ciencia se diese un paseo por España, pues, además de que los españoles estamos *aviados* hace tiempo, no hay quien nos aventaje en eso de vivir en el aire.

Por lo demás, tocante á la dirección del globo, el celebrar una *interview* con Francos Rodríguez no había de pesarle, pues es competentísimo en esta clase de direcciones.

—Pero, señores, ¿qué están ustedes cuchicheando ahí por los rincones? ¿Se puede saber de qué hablan ustedes? ¿O es un secreto?

—Sí, hombre, como secreto es, pero el de Polichinela. Ante todo, ¿es usted partidario de San Juan?

—De San Juan como de todos los santos.

—Pero si no es el santo, sino el conocido actor de ese nombre, que se ha fugado... que se ha fugado... que se ha fugado con la Pla, con la Pla...

—¿Con la plata de quién? Pero ¿qué está usted diciendo?

—Que se ha fugado con la actriz señorita Pla.

Lo cual es cierto de toda certeza; ítem más: que los tortolitos, de un vuelo, se han plantado en Valdepeñas, la tierra del buen *morapio*, teniendo en cuenta la opinión del autor de *Las metamorfosis* y el arte de amar, cuando decía:

«Sine Bacho et Cerere, friget Venus.»  
Ahora si que resulta con toda la barba el famoso tiento:

«¡Ay, señor San Juan,  
ay, señor San Pedro,  
las cortinas de mi alcoba  
son de terciopelo negro!»

Pero lo más chusco del caso es que el presunto Lovelace ha sido puesto en libertad y, en cambio, las actuaciones judiciales se dirigen contra un tal Parrondo de ignorado paradero.

Puede que todo esto sea hablar de *la mar*, y ahora no vendría mal una disertación sobre los *barcos*, verbigracia: los que forman la escuadra del Cantábrico, «verdadero terror dos mares», que se dedica á maniobrar bajo la dirección del Ministro de Marina, en clase no sabemos si de Eolo ó de Neptuno.

No faltan guasones que dicen se trata de una corrida de *embolados* organizada por el ilustre ganadero, algo así como una juerga naval en expectativa de una corrida extraordinaria de *toros de puntas*.

Y hasta se dice que el duque de Veragua ha puesto cátedra para enseñar á los marinos lo siguiente:

1.º *Capear* el temporal dando largas al asunto

2.º *Poner* varas de por medio.

3.º *Coger* los palos.

4.º *Aguantar* todo lo que venga, y

5.º *Recibir* desprecios y humillaciones y proyectiles sin chistar, como en el *Caillao*.

Ya estamos en los umbrales de Septiembre, el mes famoso de las *calabazas* definitivas y los *ministros* provinciales, de los libros usados y de las chinches á medio



uso, y con él empiezan las tristezas para los pobres estudiantes que cuentan los días, las horas y hasta los minutos que les restan de libertad para caer otra vez bajo la férula de esos Herodes que les agobian bajo el fardo de su pedantería ridícula y odiosa.

Y hasta otro día.

Rafael de Echevarría.

## ¡DICHOSO CONCURSO!

Con esto del concurso de instantáneas de LA AVISPA, los casados con mujeres hermosas estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.

Yo de mí sé decir que desde que vi el anuncio he cambiado por completo de genio. Antes, tan alegre, tan risueño, nada era capaz de incomodarme. ¿Que iba con mi esposa y veía que cualquiera, joven ó viejo, la miraba? Pues me ponía tan orgulloso de ver que *mi costilla* merecía la pena de que el pacífico transeunte se molestara en volver la cabeza para contemplarla, por supuesto, con perjuicio suyo (del transeunte), puesto que se exponía á estrellarse contra un tranvía eléctrico ó un guardia municipal, que para el caso es lo mismo... Pero ahora siempre estoy triste, cabizbajo, malhumorado; así que noto que cualquiera intenta dirigir la mirada á la que el Señor me ha dado por compañera, ya me tienen ustedes todo *amoscado*, y más si el individuo insiste con sus miraditas, en cuyo caso ya estoy preguntándole si lee LA AVISPA, temiendo que se haya enterado de lo del concurso y venga dispuesto á fotografiar á mi esposa.

Digo, á propósito. Ayer iba yo tranquilamente de paseo con mi cara mitad, cuando de repente veo que se queda mirándola un hombre de bastante mala traza. ¡Yo sé qué pasó por mí! Hasta un grano que tengo en la punta de la nariz, y que no cesa un minuto de picarme, noté que en aquel momento no me picaba.

—¿Es usted *amateur*? ¿Lee usted LA AVISPA?—le dije sin pérdida de tiempo (al hombre, no al grano).

—Yo no entiendo el chino—me contestó.—Yo no leo LA AVISPA, porque no sé leer y, sobre todo, ¡yo no consiento que nadie se *pitorree* de mí!

—¡No es *pitorreo*! ¡Lo digo porque mira usted de una manera muy descarada á esta señora!

—La miro, sí, señor, la miro porque debe dos onzas de tocino que llevó hace dos años de la salchichera de mi amo, y ésta es la bendita hora que no se ha *dis- nao* ir á pagarlas... Y ahora, ó alloan *ustés* los cuartos, ó van presos bajo mi *responsabilidad*.

.....  
¡Esto no puede ser! ¡No puede continuar así! ¡La situación en que me encuentro es horrible! ¡Horribilísima!... Una de dos, ó me tengo que privar de salir con mi señora, ó de lo contrario, tengo que hacerlo en un coche cerrado completamente y custodiado además por una pareja del catorce tercio... y puede que aun así no esté libre de ver el mejor día en el periódico la por demás bella faz de mi Sinforsita. ¡Pues hombre! ¡No faltaba más! ¡Estaría bueno que cualquier *amateur* tuviera la gloria de decir que había ganado el premio del concurso de instantáneas á *costa mía*!... ¡Que no! ¡Que no puede ser! Desde hoy, desde ahora mismo, no salgo más á la calle sin una botellita de vitriolo en el bolsillo, y á todo el que intente mirar á mi Sinforsita, ¡zas! una ducha del contenido en los ojos.

¿Que soy inhumano? ¡Mejor!... ¿Que no amo al prójimo como á mí mismo? ¡Mejor!

Lo que es hasta que vea cerrado el concurso de instantáneas, estoy dispuesto á no tolerar que nadie mire á mi esposa.

FEDERICO GONZÁLEZ RUIZ.

Concurso: núm. 4.

## LA LUZ ROJA

—Desengáñese, amigo Ernesto, las pasiones son las que dominan al hombre; jamás podrá llegar él á dominarlas.

—No intente convencerme; yo creo y creeré siempre que con constancia y voluntad podría muy bien...

—¡Bah! Podría citarle innumerables casos en apoyo de mi opinión.

—¿Pruebas? Vamos á oírlas, mas ya sabéis, querido, que estoy prevenido en contra vuestra.

—No está muy lejos la fecha de la historia que voy á referirle, ni tampoco desconocéis á los protagonistas de la misma.

—No sé á qué podéis referiros, mas no importa, os escucho.

—¿Conocíais á Felipe, aquel que nos acompañaba en la excursión organizada por el conde de San Luis, nuestro íntimo?

—Sí, recuerdo, más aunque así no fuera, no dudaría de la veracidad de vuestras palabras; continuad si os place.

—Pues bien, ya sabéis las condiciones físicas y morales de nuestro individuo en cuestión: por las primeras, no era temible; por las segundas, menos aún si es posible: todo corazón, todo bondad; la *Sensitiva*, como solíamos llamarle entre nosotros.

—¿Recordáis á Clara, la Indiana, nombre de guerra impuesto por el mismo Felipe?

—Pues bien, también recordaréis lo mucho que se habló de las excentricidades cometidas por éste á causa de la violenta pasión que contrajo por Clara.

Durante mucho tiempo fueron sus amores el asunto del día, mas al fin, como todo lo de este mundo, aquello terminó.

Desde entonces visteis cambiar en poco tiempo el carácter de nuestro amigo, de afable y cariñoso en duro y huraño, de expansivo que era con nosotros, no hubo después quien pudiera sacarle una palabra del cuerpo, como suele decirse.

Transcurrieron tres años; después no se volvió á ver á Felipe en ninguna parte, y hubo quien dijo que había muerto; otros fueron más allá y pensaron que se había suicidado.

Poco tiempo después, en la catástrofe que hubo en Palma, sonaron dos nombres muy conocidos: Felipe y Clara, la Indiana.

El hecho se explicó en un principio diciendo que fué una imprudencia del encargado de recorrer la línea, que debía de haber colocado cerca de la vía la señal del peligro, la luz roja. Dos ó tres días después encontraron al pobre hombre vilmente cosido á puñaladas, entre unos matorrales, no muy lejos del lugar de la catástrofe; á su lado hallábase la linterna que había de proyectar su color rojizo en la oscuridad de la noche, color que hubiera evitado las víctimas de aquel día.

—Lo recuerdo muy bien; mas no veo qué relación puede tener esa historia con nuestro tema.

—Es muy fácil comprenderlo. Si Felipe hubiera podido dominar sus pasiones (y nadie mejor que él, por las condiciones de su carácter), no hubiera llegado hasta el extremo de sacrificar á muchos seres que

ninguna participación tenían en sus sufrimientos.

Ya veis si tres años son tiempo suficiente para reflexionar y, sin embargo, al cabo de ellos nuestro amigo no halló más solución que asesinar vilmente á unos cuantos infelices para realizar su venganza.

Fiera venganza, por cierto: aprovechar un hundimiento en la vía (si es que acaso no fué ocasionado por él) para vengar con el asesinato de muchos seres los desprecios de aquella mujer.

G. RUIZ.

## CONSEJO

### Soneto.

Creida en el valor de tu hermosura, desdeñaste, orgullosa, los amores de cien enamorados rondadores que en ti cifraban toda su ventura.

Mas tiene sus mudanzas la locura, y hallando espigas donde viste flores, al más audaz de tus adoradores te abandonaste con pasión impura, y él, con tan fácil triunfo envanecido, vengando á los demás te dió al olvido, y hoy lloras con amargo desconsuelo de todos el desdén; sé bondadosa, que el rostro, hermoso ó feo, va á la fosa y el alma hermosa va derecha al cielo.

José María Batés.

Concurso: núm. 5.

## LA BUENA SOMBRA DEL TIO AMBROSIO

Era una tarde calurosa del mes de Mayo. Por entre el ramaje de frondosos árboles frutales vislumbrábase, como paloma descansando tranquila en su adorado nido, la caseta del tío Ambrosio el hortelano, hombre trabajador si los hay y dotado de un gran sentido común, por lo que muchas personas convetíanle en su consejero cuando la duda ó el infortunio les acosaba.

Circundando la caseta, serpenteaba un cristalino arroyuelo, la vida de la huerta como si dijéramos, guarnecido por vistosas florecillas, violetas en su mayoría, y á la sombra de corpulento moral cuyas gruesas raíces, formando enredada, internábanse buscando alimento en la pequeña corriente del arroyo, hallábase descansando el tío Ambrosio, que á sí mismo se decía:

—Si esto no es ser dichoso, que venga Dios y lo vea.

... ¡Mi huerta!... En ella solamente cifro mi ventura, y gracias á Dios y á mis desvelos, es la envidia de cuantos la ven. Sus abundantes frutos no pueden ser más exquisitos y hasta sus flores se distinguen de las demás por su lozanía y aroma.

Tiene razón ese libro del boticario al decir que todo se transforma en el mundo, porque vea usted en qué viene á parar el sudor que yo derramo.

En este soliloquio el hortelano, asomó por entre las ramas Evaristo, el hijo de un hacendado del pueblecillo inmediato, que, empapado de sudor y con la voz entrecortada por la fatiga, dió las buenas tardes al tío Ambrosio.

—¡Hola, muchacho!—contestó el hortelano.

—Creí no llegar—continuó diciendo Evaristo, y añadió:—La distancia del pueblo aquí no es mucha, pero en todo el maldito camino hay una sombra donde resguardarse de ese sol abrasador.

—Es—dijo el tío Ambrosio con voz socarrona—que Dios castiga sin piedra ni palo. A mí me molesta poco el sol.



—A usted no le molesta nada, por lo visto, porque yo nunca le he encontrado distinto á como hoy le encuentro, esto es, con cara de afligido, sino siempre con ese rostro tranquilo y risueño, propio del ser feliz. Yo entiendo que, si la dicha completa existe en el mundo, en ninguna parte se halla sino en el tío Ambrosio.

—No te equivocas, Evaristo; bien poco hace que yo pensaba igual que tú. Pero dejando esto á un lado, ¿se puede saber qué te trae por este sitio con tales calores?

—Le diré á usted. No sé qué puedo yo haber hecho de malo en este mundo para que todo se vuelva contra mí. Desde que mi pobre padre murió, mi hacienda va á menos. En el pueblo todos me miran con cierta prevención, y hasta Carmen, mi adorada, parece, de poco tiempo á esta parte, tratarme con frialdad.

¡Luego dicen, tío Ambrosio, que es una brujería eso de la buenaventura! ¡Bien pequeño era yo cuando una gitana me dijo que iba á tener mala sombra, y mire si se está cumpliendo aquella predicción!

—Quitate *pallá*, hombre; hasta las canas se me ríen al escuchar tu relato. Eso de la mala sombra es una fábula y nada más; es algo de que el hombre suele echar mano para engañarse á sí mismo.

Lo que en el mundo existe es la buena sombra, la que á mí me cobija, y tú puedes ver si haces lo que yo te mando.

—Desde ahora mismo quedo á sus órdenes.

—Pues mira, vámonos á casa, que el sol ya nos ha dejado y el cuerpo necesita descansar, que los días son muy largos y las noches pasan como relámpagos.

No eran las nueve de la noche cuando el tío Ambrosio roncaba á más y mejor; mientras que Evaristo, en aquella cama de espadaña que el hortelano le dió, el acostarse á las nueve y no á las dos de la mañana, como era su costumbre, y los ronquidos del hortelano, hicieron que hasta última hora no conciliara el sueño.

No tardó el tío Ambrosio en dar la siguiente voz:

—Arriba, Evaristo, y sígueme.

Este, fiel á su palabra, se levantó, y uno tras otro emprendieron el camino de la vega.

Rayaba el alba. Al soplo del suave céfiro mecíanse las flores perfumando el apacible ambiente, y el murmullo del arroyuelo y los trinos de los pájaros cantores poblaban de armonías el campo.

Apenas llegó la pareja á la vega, en ocasión que el sol entre celajes de grana asomaba por Levante, el tío Ambrosio entregó á Evaristo un azadón y le dijo:

—Cava ahí un poco—y de que dió Evaristo la primera azadonada, el hortelano llamó la atención del joven, diciéndole: —Mira tras de ti y ahí tienes la buena sombra. Esa es á la que el tío Ambrosio llama buena sombra, á la que todo hombre hace en su trabajo á los besos del sol naciente.

Es fama que Evaristo, desde entonces, madrugó é hizo se trabajador y consiguió, como el hortelano de mi desaliñado cuento, ser rico y feliz.

JOSÉ CORONA Y FERNÁNDEZ.

#### LICOR DE ORO

Todo lo sé: la piedra donde afillas la daga de tus odios que me corta y el por qué del temblor de tus pupilas cuando me ves... Lo sé, pero no importa, que al fin te rendirás á mis amores como el ciclón, que brama y que destroza, á la postre se humilla ante las flores y tímido solloza....

Daniel A. Lemaltre,

#### MARINAS

##### ¡A LA MAR!

A la distinguida señora y buena amiga D.<sup>a</sup> Emilia Rodríguez de García, en sus días

La brisa que en el bosque los árboles oreas, el sol que esplendoroso refléjase en el mar, las olas con que anuncia su flujo la marea parece que convidan sin miedo á navegar.

El puerto abandonando, seguro en la tonanza, camina entre las olas ligero bergantín, contra quien ha luchado cien veces la pujanza del mar, que no conoce ni freno ni confin.

Curtido en el peligro, el pobre marinero dirige hacia la tierra un postrimer adiós, en tanto que en las olas va el rápido velero dejando como huellas la estela de él en pos.

Mientras, la esposa é hijo del pobre marinero, oyendo al oceano desde su pobre hogar, esperan impacientes la vuelta del velero, que rápido hoy se aleja con raudo navegar,

Y mírase del puerto, ya casi en lontananza, la espuma que el navío levanta sin cesar, y escúchase en el viento, cual himno á la bonanza, la voz de los marineros, que gritan: ¡A la mar!

Jacobo Abruñedo.

#### DE MI COSECHA

Ódiame si quieres, niña, pero no me compadezcas, que siempre acaba el cariño donde la lástima empieza.

Donde crecen los cipreses, en donde se va á llorar, en donde reina la muerte sólo allí hay tranquilidad.

Aunque se sufre al amar, es lo cierto que el amor es el único dolor que nos permite gozar.

Ricardo A. Orriols.

#### BECQUERIANA

Dedicada á la encantadora Srta. Pilar Cassi.

Volverán los rigores del invierno al mundo con sus sombras á enlutar, á cubrirse otra vez de blanca nieve las áridas montañas volverán.

Mas las horas tranquilas que á tu lado contemplaba tu rostro con afán mirándome en las niñas de tus ojos, ¡quizás no volverán!

Volverán á caer las mustias hojas al impulso feroz del huracán, volverá los espacios el relámpago con su siniestra luz á iluminar.

Mas las noches aquellas en que el alma se extasiaba admirando tu beldad y latía de amor mi amante pecho, ¡quizás no volverán!

Baudilio Costa Inglés.

#### TANGOS

Tú te estás muriendo, vete á la botica, que allí engordarás á tiempo tomando la carne líquida.

Así no me mires, que eso son dos llamas, y mi cuerpo se derrite al fuego de esas miradas.

Vete de mi vera, no me mates más, que si tú no tienes penas, á mí me van á enterrar.

Juan J. Ureña,



En el concurso abierto por la empresa de los Jardines del Buen Retiro para premiar la mejor ópera española que se presentase, resultó premiada, según el dictamen de un competente Jurado, «Marcia», cuyo autor es el distinguido maestro compositor D. Cleto Zabala.

Después del juicio emitido por aquel tribunal, faltaba la sanción del público, y con este fin se ensayó concienzudamente por escogidos artistas. El éxito ha sido favorable y ha confirmado el mérito que los señores del Jurado calificador encontraron, puesto que la partitura es inspiradísima y contiene números notables; en cambio el libreto es muy flojo y no ofrece gran interés.

En el primer acto son dignos de mención el himno y el concertante; en el segundo la plegaria y el dúo del tenor y tiple, y, finalmente, en el tercero hay una hermosa marcha triunfal y un bailable originalísimo.

El Sr. Zabala, que dirigía la orquesta, fué aplaudido y obligado á salir al palco escénico diferentes veces en unión de la Sra. Petroski y Sres. Alviach y Fuster, quienes han puesto todas sus facultades artísticas al servicio de tan noble causa.

La orquesta y coros, muy bien, contribuyendo al mejor éxito.

De disparate califican muy adecuadamente su obra los autores de «Los figurines», Sres. Larra y Fernández de la Puente, recientemente estrenada en Eldorado.

No escasean los personajes en ella, pero no hay nada nuevo y más aburre que entretiene. Lo que salvó al disparate fueron las escenas del desnudo que, como es natural, gustan al sexo fuerte, aun cuando no falte quien, echándola de serio, califique tales cosas de ataques á la moral.

La música, á pesar de llevar las firmas de Caballero y Cereceda, no tiene ningún número saliente y se aplaudió algo por complacencia del público y por la obligación de la *claque*.

El sábado 17 del actual se verificó en el Salón Variedades una gran velada artística, poniéndose en escena «Juan José», «Recuerdos de ultratumba» (diálogo) y «Ciertos son los toros», distinguiéndose notablemente en la interpretación de dichas obras las Srta. Cobeña y los señores Alonso, Biencinto y Ruiz.

Se estrenó el diálogo «Recuerdos de ultratumba», cuyo autor es nuestro distinguido colaborador D. Enrique Puch, quien fué llamado á escena y escuchó muchos aplausos por su trabajo, revelando en él felices disposiciones para obras de mayores vuelos.

Reciban todos nuestra sincera felicitación.

Diego Garvi.

#### SEMBLANZA

Es una joven graciosa, de bella fisonomía; ni Murillo pintaría una imagen tan hermosa. Tiene la cara de rosa, azules sus grandes ojos, nariz fina y labios rojos, tiene por nombre Dolores, es la reina de las flores y la niña de mis ojos.

Alfonso Martín Calvo.



## CANTO

A María.

La luz de la aurora ya el prado engalana,  
 en la fronda canta gentil ruiseñor,  
 la fuente en su cauce deslízase ufana,  
 y abriendo su cáliz de púrpura y grana  
 se iguala á tu rostro la cándida flor.  
 Sin ti yo no encuentro belleza en el prado,  
 ni aroma en la rosa, clavel ni alelí;  
 sin ti veo el cielo de nubes poblado;  
 ni el prado ni el cielo, mi dueño adorado,  
 ni nada en el mundo me agrada sin ti.  
 Admiro en tu templo, donde juguetea  
 virtudes divinas de rico primor,  
 caricias y halagos que al alma hermosean,  
 y al ver las riquezas que en ti se recrean,  
 la vida pregonas: ¡allí está el amor!

Ramón Gaztambide.

## COPLAS

Para la hermosa Srta. Amparo Barandiarán.

Que has dicho que me querías,  
 no se te olvide, morena,  
 que en cuestiones de cariño  
 tienes muy mala cabeza.

Liba la abeja el aroma  
 de las flores de los campos;  
 déjame tú que yo guste  
 la miel de tus rojos labios.

Debías ir á la cárcel  
 por asesino, como otros:  
 ¡los hombres que habrás matado  
 con el puñal de tus ojos!

Emiliano Ramírez.

## YA NO PODRÉ OLVIDARLA

No intenten ustedes consolarme, porque  
 sería inútil. Por mucho que ustedes hagan,  
 por buenas que sean sus razones, yo no he  
 de poder olvidarla.

¡Prenda adorada!

Era sevillana, esbelta, hermosa como  
 pocas, bien formada y con un garbo y un  
 salero españoles, que no había más que  
 pedir.

Cuando la vi por primera vez quedé ex-  
 tático ante ella y dije:

¡Oh! ¡Quién pudiera poseerte!

Desde entonces fué ella el único ensue-  
 ño de mis amores.

Por verla siempre y por hacerla mía,  
 por poseerla, habría dado... ¡no pueden  
 ustedes figurarse lo que habría dado!

Paso por alto las fatigas, los afanes y  
 los sudores que me costó su conquista.  
 Baste saber que al cabo de tres meses era  
 mía, sola mía, para siempre mía.

¡Ay! ¡Para siempre! Eso pensaba yo.

Un día, no, miento, que era una noche,  
 la llevé á un baile, no quiero recordar á  
 cuál.

Un desalmado, uno de esos seres para  
 los cuales no hay respeto ni propiedad sa-  
 grada, la vió, se enamoró de ella, y...  
 ¡adiós mi hermosa sevillana!

Lo que yo he llorado en su ausencia no  
 pueden ustedes figurárselo.

Un día de Carnaval me pareció verla  
 cruzar por delante de mí.

Detuve al caballero que con ella iba, le  
 interrogué airado, y... ¡zís! ¡zas!

Dos soberbias bofetadas, que en pago de  
 mi poca prudencia me atizó el ofendido  
 caballero, fueron la respuesta á mi atrevi-  
 miento.

No por esto desmayé. ¡Qué había de des-  
 mayar si sin ella no era yo, si sentía que  
 me faltaba el complemento de mí ser!

A los pocos días me pareció verla en  
 uno de los balcones de un principal de la  
 calle de la Montera.

Subí, llamé, me abrieron, entré, interro-  
 gué (esta vez con mucha finura) al dueño

de la casa, y éste ¡oh gozo de los gozos!  
 me dijo:

—Voy á presentársela á usted.

Y, en efecto, me la presentó.

¡Ay, no era ella, no era mi sevillana! La  
 que yo tenía delante era madrileña y to-  
 talmente distinta de la que había creído  
 encontrar.

Desde entonces, escarmentado, he re-  
 suuelto no buscarla más pero no puedo ol-  
 vidar aquellos tiempos en que, llevándola  
 conmigo, la exhibía orgulloso y satisfecho  
 en todas partes.

¡Siempre, siempre juntos!

Ella, discreta y sufrida, tapando mis  
 faltas y deficiencias; yo... siempre envuel-  
 to en ella.

¡Oh, mi capa, mi adorada capa sevilla-  
 na! ¿Cuándo te volveré á ver?

ÁNGEL GARCÍA.

## ¡VADE RETRO!

Soneto.

A mi querido y buen amigo Vicente Torres López.

Aquella que allí miras reclinada  
 en el coche con joyas deslumbrantes,  
 adoptando posturas elegantes,  
 belleza entre mil joyas engastada.

Si la miras, verás que lleva atada  
 el alma al aderezo de brillantes,  
 y presenta sus formas incitantes  
 vestidas de blancura nacarada.

No la elijas, amigo, por esposa;  
 no quieras tú ser tronco de tal hiedra,  
 que tras de aquella tez de nieve y rosa  
 se enrosca la serpiente, ser que arredra.  
 No busques compañera cariñosa  
 en la que es vil esclava de una piedra...

Francisco Pedrosa.

## COQUETERÍA

Una niña muy hermosa  
 y al mismo tiempo coqueta,  
 cierto día en un espejo  
 contemplaba su belleza,  
 mientras ponía en su pelo  
 una bonita peineta.  
 Su mamá gritó de pronto:  
 —¿Qué es lo que haces ahí, habieca?  
 Y contestóle la niña  
 con gracia de esta manera:  
 —Admiraba, madrecita,  
 tu sin par obra maestra.

Valentín Sánchez Gracia.

## RAMO DE CARNE

Soneto.

Afortunado el ser á quien prefiera  
 el alma que no ha roto su capullo,  
 feliz quien de tu voz al grato arrullo  
 disfrute el ideal que concibiera.  
 Dichoso corazón el que sintiera  
 de tu lenguaje el rítmico murmullo,  
 pues ya puede decir con noble orgullo  
 que es su amante la hermosa primavera.  
 Callarlo por más tiempo es imposible;  
 soy un vate y el verso es mi reclamo;  
 quiero hacerte mi musa, y si es posible,  
 que me ames castamente, como te amo,  
 por bella, por lozana, por sensible,  
 por tu aroma y color, por ser un ramo.

José García y García.

## DIOS Y LUCIFER

—¿Quién es Dios?—me preguntó,  
 y levantando el tisú  
 que á mi vista la ocultó,  
 vi su rostro, y dije yo  
 temblando:

—Dios eres tú.

Me engañó... ¡Cómo ha de ser!  
 Cosas son que el mundo enreda;  
 mas no acierto á comprender  
 cómo convertirse pueda  
 todo un Dios en Lucifer.

Mariano Herrero.

## CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN

R. S.—Como letra, muy bonita; como  
 ortografía, muy mala.

F. G. R.—Se publicará.

L. E. L.—Será complacido.

A. H. G.—Publicaremos una corrigién-  
 dola algo. El cuento, imposible.

A. R. M.—Valencia.—La firma en sobre  
 aparte. El soneto se publicará.

L. G.—Aunque está algo diluido, se pu-  
 blicará.

M. P.—No le costará mucho trabajo es-  
 cribir eso, ¿eeeh?... Ni tendrá usted mucho  
 cutis, ¿eeeh?

J. G. G.—Se publicará. Para anotar el  
 número con carácter de fijo se necesita ser  
 suscriptor.

J. U.—Empezamos á leer y nos encon-  
 tramos con aquello de *resplendente* y, la  
 verdad, no podemos continuar. Corrijala.

J. F. G.—Se publicarán.

J. G.—No podemos complacerle; pero  
 envíe otro trabajito cuidando más el  
 asunto.

A. R.—La poesía «A Rosa» tiene muchos  
 defectos y en las *Brevidades* aconsonantan  
*demasiado* los versos primero y tercero.  
 Vea usted de arreglarlo, porque la idea es  
 bonita.

E. P.—Se publicará la poesía.

A. G.—Los iremos publicando á medida  
 que podamos, porque tenemos que compla-  
 cer á todos. Cuando quiera puede enviar  
 lo que guste.

*Prometeo*.—Sentimos decirle que el epi-  
 grama no lo podemos publicar.

M. J. L.—Los cantares que envía son de-  
 ficientes. Mande otra cosa.

J. G. R.—Está bien escrito, pero el asun-  
 to no termina bien. Envíenos otro trabaji-  
 to algo más cuidado y le complaceremos.

A. M. P.—Se publicará.

M. B. T.—Teniendo en cuenta que son de  
 un principiante, se publicarán.

C. G. M.—Por Dios, señorita, aunque sea  
 cierto, no está bien decir eso á un joven  
 en letras de molde, y sobre todo con tantos  
 ripios; y perdón por la descortesía.

B. de la C.—La idea es grande, pero las  
 faltas de que adolece la forma son mayo-  
 res aún. Eso sin contar con que es muy  
 largo y sólo podemos publicar trabajos cor-  
 tos para complacer á todos.

J. G. M.—Arreglando la segunda resul-  
 taría bonita. Inténtelo, aunque sea agre-  
 gándole otra quintilla.

*Un Matón*.—Coruña.—No publicamos  
 nada sin firmar. La anécdota es más anti-  
 gua que el Mediterráneo.

R. de E.—Se publicará.

E. A. M.—Fíjese usted un poco y verá  
 que en la poesía «Tus ojos» no aconsonan-  
 tan la mitad de sus versos. La idea del  
 «Amor maternal» es muy bonita, pero la  
 forma está muy descuidada. Aprovechare-  
 mos algunas menudencias.

R. G.—Se publicará.

J. A. G.—Nos agradan sus ensayos y des-  
 de luego publicaremos la poesía. Mánden-  
 os otros trabajitos, procurando que sean  
 cortos.

Yo.—No aspiramos á otra cosa más que  
 á eso. A que resulten del agrado de nues-  
 tros favorecedores.

E. R.—Muy bien metrificado, pero sin  
 saliente. Envíenos otro trabajito y le com-  
 placeremos.

R. O.—Muy bien escrita, pero procure  
 personalizar menos los asuntos.

E. P.—No contiene muchos que diga-  
 mos, y además son muchos versos para  
 esas pláticas de familia, de las que nadie  
 hace caso, desde Don Juan Tenorio á Don  
 Tancredo.

F. H.—Aprovecharemos una.



C. C. de H.—Muy bonita. Se publicará.  
B. T.—Algunos publicaremos.  
A. A.—Lo que hoy remite no es aceptable. Envíe otro trabajito cuidando más la forma.

M. D.—Sentimos tener que decirle que *esta* revista no puede publicar sus trabajos, porque no los *hacemos* a *sectas*. Aprenda usted ortografía y luego veremos.

Zutano.—Entra en concurso.

J. S.—Málaga.—Entra en turno.

S. R.—No es publicable por su mucha extensión.

F. J. V.—Valencia.—Lo mismo decimos a usted. Envíenos trabajos cortos y le complaceremos.

J. S. U.—Se publicarán los cantares. De los tangos aprovecharemos alguno.

S. Torpedo.—Sevilla.—Remítanos el nombre para poder publicar su trabajo.

E. P.—Se publicará.

G. M.—Usted es capaz de hacer algo mejor y tendremos el mayor placer en servirle.

A. M. de E.—Madrid.—Sólo publicamos trabajos inéditos; remítanos alguno y veremos de complacerle.

C. G. R.—Entra en turno.

A. R.—Remítanos algún trabajo de menos extensión y le complaceremos.

J. A.—Valencia.—Se publicará.

C. R.—Sus observaciones son exactas, pero no podemos variar las condiciones del concurso. De todas maneras, muchas gracias por su atención.

A. B. G.—Granada.—La suscripción cuesta cinco pesetas al año. La charada es defectuosa.

B. C. I.—Viladecans.—Se publicará fuera de concurso a causa de sus dimensiones.

L. M. M.—La charada se publicará.

A. A. Brito.—Tegucigalpa.—Sólo publicamos los originales.

E. G.—No hay inconveniente abonando el doble de su importe.

Los Dos Amigos y el Oso.—El soneto es publicable; remítanle firma.

S. G. N.—«A mi amor», por más que tenga catorce versos, en toda tierra de garbanzo no pasa de ser una estancia ó estrofa, y para ser soneto le falta el serlo.

El Calladito.—Se publicará su instantánea si remite firma.

La Avaricia.—No sirve para el concurso.

## CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho a que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

E. D.—Santander.—Hemos preguntado por el libro que desea, y su precio es de cinco y diez pesetas, según autor.

No tenemos inconveniente en remitirle previa remesa del importe, con más una peseta por gastos de franqueo y certificado.

C. J.—Lorca.—Celebramos que haya satisfecho a usted el objeto que le remitimos.

Entregaremos, según su orden y previo el oportuno recibo, el saldo que resulta a su favor.

H. C.—Ha sido hecha efectiva la letra que remitió, habiendo dado a su importe la aplicación que usted ordenaba.

Tenemos a su disposición los resguardos que hemos exigido a D. R. M. y E. A., de esta localidad.

A. M.—Toledo.—Hemos cobrado a don J. L. el resto de la factura, ascendente a 23 pesetas, que tenemos a su disposición.

H. G.—Gatafe.—Mande el objeto y procuraremos darle salida en esta plaza, no cerrando trato hasta contar con la aprobación de usted.

La suscripción de usted termina en fin de Octubre próximo, lo que ponemos en su conocimiento cumpliendo sus deseos.

M. H.—Oviedo.—Se ha tomado nota del número fijo que desea para los sorteos mensuales de LA AVISPA.

Respecto a los números de los otros señores, no pueden quedar como fijos por no ser suscriptores; así es que deben enviar un cajetín para cada sorteo.

D. R.—Cádiz.—Enterados, y se le contestará.

R. Muñoz.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Barniz de oro para los objetos de latón, instrumentos de química, física, etc.

Goma laca pulverizada, 90 gramos.

Copal, 30.

Sangre de drago, 1.

Sándalo rojo, 1.

Vidrio molido, 1.

Alcohol concentrado, 600.

Después de maceración suficiente, filtrase.

El vidrio molido no sirve más que para activar la disolución, interponiéndose entre las partículas de goma laca y de copal.

Modo de hacer impermeables las telas:

Gelatina, 500 gramos.

Jabón de sebo neutro, 500.

Alumbre, 750.

Agua, 17 litros.

Hiervase y sumérjase en este líquido que se dejará templar, el tejido que se quiera hacer impermeable.

Impréguese bien de la composición, retírese, pongase a escurrir, cuélguese y déjese secar.

Modo de soldar los pedazos de ámbar.—Se humedecen las superficies que se quieren unir con una disolución de potasa cáustica, se las comprime una con otra en caliente, y los dos pedazos encolan tan bien que no se percibe la menor traza de la juntura.

Procedimiento para hacer plata antigua.—Se introduce un objeto de cobre plateado o de plata en agua mezclada con una décima próximamente de sulfhidrato de amoníaco; se saca del baño, se frota con una grata de alambre y adquiere el aspecto de plata antigua.

Frotando con un bruñidor de ágata queda de un color pardo oscuro de hermoso aspecto.

Baño para los depósitos de agua.—Para evitar la filtración del agua y de la humedad a través de la mampostería, se cubre la superficie interior de los muros con una disolución de jabón; veinticuatro horas después se aplica sobre esta primera capa una disolución de sulfato de alumina.

La operación debe repetirse muchas veces.

## SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones a los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—VENGANZA
- 2.º—EMETERIA
- 3.º—MARCELINO
- 4.º—CAMARERO
- 5.º—MARGARITA
- 6.º—VALDEPEÑAS

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, don Justo Requejo, Pepito, Rafael y Terán, don Diego Santos, D.ª Basilisa Celsa, D. J. Herrera, D. Eduardo Haro, Tobalo (a) el Vicetima, D. Valentín Rodríguez (el Impresor), D. Mario Jiménez Laá, D. Tomás Barbajosa Parrilla, D. José Gómez Rochera, el señor Angel el impresor, D. Basilio G. Herreros, Los KA Maño, D. Pablo Racamonde, don Sixto Marín, D. E. Martínez Lage, D. Luis Almazán, D. Francisco Pedrosa, D. Agustín Ruano, D. Ramón Martínez, D. José de Prada, D. Aniceto Matesanz, D. José Esteban y Aemeyelepé, de Madrid; D. Julio Nogal, de Burgos; D. César Valencoso, de Casasimarro, D. Juan Francisco Maroto, de Valdepeñas; D. Antonio Berán, de Granada; L. G. Ch., de Puebla Calzada; D. Alfonso López, de Espiel; D. Joaquín Gutiérrez, de Loja, y D. Manuel Caudet, de Valencia.

## PASATIEMPOS

### CHARADAS

1.º

Prima dos tres se encontró cuando dos tres de su casa un admirador sin tasa, y una prima dos la dió. Al ver que en ello insistía todo, aceptó muy galante la prima dos elegante que su amigo le ofrecía.

J. Herrera.

2.º

Dos prima y tercera en los mares hallarás, y el tono de la charada en los árboles verás.

Aemeyelepé.

3.º

Prima con segunda practiqué en el mar; segunda con tercera puse con afán para ver si el tono me llegaba a amar.

Moisés Espiel.

4.º

Prima dos tres me dijo que quiere segunda terciada para hablarte de un asunto que en extremo te interesa. Mi primera es una nota de la escala musical, y el todo es un matador que toreando está ya.

Eduardo Haro.

5.º

Es la prima una vocal, dos pronombre personal, la tercera conjunción, un verbo cuarta, y total tiene esta publicación.

Rafael Agustina Tolosa.

6.º

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

**D: 1 pta. vara.**

Francisco Pedrosa.

7.º

**Signo zodiacal 2 nota.**

Alberto Gallego García.

Todos los que remitan a esta Gerencia una solución antes del día 9 del próximo mes de Septiembre tienen derecho a adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole ESPECIAL no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.



